

baile de Carnaval? pues entonces no debe ser esto tan malo. Adelante y viva la pepa!

“Qué disfraz desearia el señor licenciado?—Doctor, caballero, doctor.—Perdon, señor! qué trage desea su señoría?—Uno que represente todos mis atributos: periodista, juez letrado, político, literato... &c.—Pues señor, le convendria á vd. este hermoso vestido de arlequin?—Vd. se burla, señor mio! quiero un trage en que, al mismo tiempo que se deje entrever la toga, se reconozca sin trabajo la pluma del escritor, que aunque nunca la he tenido entre mis dedos, intenciones me han sobrado; que se note ademas la parte tan activa que me ha cabido en la política, pues si bien es cosa que apenas he saboreado, eso es bastante para que sepan que si hubiera querido habria hecho cosas grandes; que se note tambien al juez letrado, pues si no tomé posesion de mi tribunal, no obstante mis condescendencias, no quedó por ganas mias. Combine vd., todo eso, y déme pronto el trage que le pido.—Pues señor... el de Licurgo.—No, no esplica bien mi pensamiento.—Pues el de Aristóteles.—No era periodista.—Pues el de Quijote.—Feliz idea: ese me conviene, porque si no fué juez, literato, periodista, doctor y todo lo demas, de todo se le entendia y á todo alcanzaba, y sobre todo, así como él en la edad de hierro queria resucitar la de oro, así yo en estos siglos de ignorancia deseo resucitar el siglo de todo un Pericles, Leon X ó Luis XIV. Mi ejemplo servirá para infundir amor á la ciencia; y cuando estasiados y abriendo la boca contemplan mi juventud, mi interesante palidez y macilencia, consecuencia forzosa de mis estudios; cuando vean sobre mí las ínfulas de mi grado, oh! entonces qué alma de alcornoque se resistirá á engrosar esta falange de andantes caballeros de la sabiduría?

Salíme porque ya me sentia yo animado de ofrecérmeme por escudero á tan cumplido señor, y como al mis-

mo tiempo me acordé de tí, para sacudir la fascinacion que me estaba infundiendo con su elocuencia, quise huir.

En la noche le encontré en el baile llevando sobre la armadura el capelo, sobre el morrion la borla, y enrollados en la lanza varios números de periódicos, de que él, bajo su palabra decia, era redactor en jefe.

Todavía á mi vuelta para mi posada encontré otra multitud de figuras graves que llenaban la calle con su talante magestuoso, con su mirar imponente, con su voz hueca y sepulcral, y yo desde que ví que los sabios de día, podian muy bien volverse locos de noche, me fui mas tranquilo á disponerme para el baile en el cual ví lo que en otra te referiré. Tuyo.—*Caralampio.*

Méjico 9 de Marzo de 1859.

Muger mia: Ann no vuelvo de mi asombro, ni creo que podré volver en mucho tiempo de la sorpresa que me han causado las muchas maravillas que en dos noches he visto. Jesus, Bibiana! Todo cuanto nos han dicho, todo cuanto nos han contado allá en nuestra tierra de los prodigios de esta, es tortas y pan pintados cuando uno se pone frente á frente de la realidad. He ido á los dos bailes de máscaras y allí he aprendido mas que en diez años pasados en la universidad. Casi desespero de poderte comunicar todas mis *impresiones* y descubrimientos, aun cuando te escribiera una resma de papel por todos sus lados. Pero en fin, como Dios me ayude y las fuerzas no me falten, procuraré ir poco á poco dándote mis noticias.

Endosado mi disfraz sobre mi ordinario trage, me encaminé con mis amigos por las calles mas concurridas de Méjico, oyendo un continuado cambio de necedades en el tiple mas agudo que pudo inventar el autor de la música. Pocos, muy pocos eran los que sazaban sus dichos con alguna agudeza, porque los mas no sabian otra cosa que la trivial fórmula de "*adios, mascarita,— ya te conozco, mascarita,*" sobre todo, esta segunda frase la empleaban hasta con los inocentes curiosos que así tenian máscara como yo borla. Por enmedio de una nube de alegres comparsas, ora deteniéndonos ante una elegante carretela que conducia á unos púdicos druidas, ora ante un bien acondicionado *landó* que encerraba unos rayados salvajes; ya una cuadrilla de majos acompañando á Norma, ó bien unos charros en buena sociedad con un mandarin del China eran un obstáculo para nuestro tránsito: lo cierto es que despues de haber admirado aquella miscelanea viviente, imágen del juicio universal en que se presentarán todas las naciones sin relacion de tiempos ni de edades, pudimos llegar á la ansiada puerta del teatro, donde el arte se hebia esmerado por embellecer y adornar todo lo que habia de servir para el solaz de la gente de la corte.

Uno de mis compañeros, decidior y parlanchin como todo un periodista, tuvo la complacencia de esplicarme cuanto mi pobre inteligencia no alcanzaba; y á él, principalmente, debo todo la suma de mis conocimientos en los bailes del carnaval.

Por principio de cuentas, me hizo notar uua media docena de enmascarados, que bajó los pliegues de elegantes *dominós* metian una bulla como ochenta, una algarabia como de un congreso cuando se hacen rectificaciones. Esos, me dijo, son unos francesitos que hace poco tiempo vinieron empaquetados y consignados á una casa de comercio para que aquí se desvastaran y pulieran, y luego se hicieran productivos al remitente y al

consignatario. No hace dos meses que llegaron en muy mal pelaje y en *peores fondos*; pero este tiempo ha sido bastante para que ya tengan buenas y muchas relaciones en todas partes, porque basta entre nosotros que sean extranjeros, para que en el acto se les abran todas las puertas, aun cuando no se sepa quien los echó al mundo. Verá usted, continuó, que muchos jóvenes de buena educación, de estremada finura, pero pobres, son despedidos, sin misericordia de un salon; pero desde que el lacayo anuncia *al signor Trampalucci*, á *Mister Rowy*, ó á *Monsieur La-Droguerie*, una conmocion eléctrica recorre los semblantes de los concurrentes, y todos se apresuran á dar muestras de consideracion á esos hombres que han conocido la vispera.

Allá vienen unos cuantos máscaras disfrazados de guardias nacionales: son unos estudiantes de medicina que ántes de venir á la corte eran unos buenos chicos que creían en Dios; pero como es de necesidad en la sudicha escuela no creer mas que en los órganos, empezaron á dudar de todo lo que no veían y palpaban, y siguieron por hacerse materialistas y partidarios furibundos de la escuela demagógica. Por eso han adoptado ahora ese disfraz que los autoriza para ejercer la libertad del soldado y hacerse detestar de todo el mundo por su cinismo y su licencia, aunque declamando siempre contra los soldados.

Aquí pasan unas dos vestales, tímidas como cervatillas y recatadas como recoletas. Ambas son unas buenas mozas que se ocupan en la pesca, y como ahora el rio anda revuelto esperan sacar un magnífico provecho. Vea usted: las sigue un almidonado español del tiempo de Felipe IV, orgulloso por su esbelto talle, su torneada plerna y su airoso continente. Este es un viejo de cosa de sesenta años que concurre á las funciones de iglesia, da su medio nuevo al predicador y lleva con mucha devocion una vela en las procesiones. Los mas dias va á

tomar el desayuno ó la merienda á las rejas de los conventos, donde tiene muy buen partido por los sermones morales con que ilustra aun su mas trivial conversacion sobre cajetas. De aquí saldrá dando el brazo á una vestal, que, sin temor de ser enterrada viva, oirá gustosa la cháchara del español.

Pero vea usted por su izquierda una pareja verdaderamente amable. Son marido y mujer, aunque él cree que su mitad duerme, y ella que su consorte está ocupado á la cabecera de un moribundo. Ambos se engañan, y por fortuna de ellos la infidelidad recíproca no pasa á una tercera entidad. Antes de amanecer se irán cada cual llenos de ilusiones á volverse á engañar.

¿Ve usted en aquel palco unas niñas de la mas preciosa hermosura, vestidas de blanca gaza, de miradas lánguidas y de labios contraídos por la tristeza? Pues son unas jovencitas de la familia de las leonas, pero que hoy han entrado en una nueva familia que empieza á propagarse rápidamente. Son *espiritualistas* y están en comunicacion con seres superiores que las revelan cuanto la curiosidad, el deseo, el interes las obliga á descubrir. Han llegado á persuadirse de que su inteligencia comprende los arcanos de la eternidad, y que fácilmente pueden oír á los espíritus de los que ya fueron; pero para llegar á ese estado de lucidez tienen que pasar por una serie de manipulaciones y pruebas capaces de asustar á un granadero, mucho mas á una tierna muchacha.

Figúrese usted que desde que van á comenzar á ser poseídas, empiezan á temblar como si tuvieran frios, se entiesan como un ahorcado, vuelven los ojos en blanco lo mismo que un borrego cuando lo degüellan y empiezan á sacudirse golpes de pecho como un pecador arrepentido. Luego hablan al espíritu, que entiendo es un ocioso de de primer orden, puesto que se ocupa en tantas frioleras como á las muchachas se les antojan.—“¿Quiero ver al payaso que trabajó el domingo en la maroma.”—Y he

aquí que el espíritu lo pone á su vista con todas sus señales y fallas ni mas ni ménos que si lo quisieran retratar.—“Quiero ver á Luis Felipe.”—Y el espíritu saca al pobre difunto, lo arma de nuevo recojiendo los independientes huesos donde andan, y la espiritualista ve á Luis Felipe, lo mismo que si estuviera en las Tullerías. Acontece algunas veces que el burlon espíritu presenta uno por otro, y las señas se confunden, y cuando quiza se trata del emperador Soulouque, resultamos con un jovenito rubio vestido á la última moda de Paris.

Pero las espiritualistas no se amedrentan por esos chascos. Siguen impávidas obrando prodigios y admirando con sus contorsiones, gestos y locuras á todos los que son tan sandios como ellas mismas. Antes eran las mesas giratorias las que sacaban de toda clase de dudas; pero pasó la moda, y hoy son las muchachas las que desempeñan esos oficios. Esa cualidad de comunicar con los espíritus, de charlar con ellos, de evocarlos de dia y de noche, es hoy de un supremo tono; y no será extraño que ahora mismo, aquí en el baile, tengamos un rato de pantomima, y los espíritus vengan á gozar de la diversion de nosotros los seres corpóreos.

Y como si el espíritu ó los espíritas hubieran estado oyendo nuestra conversacion y quisieran desmentir á mi *cicerone*, sucedió que las lindas jovencitas en cuestion empezaran á palidecer, á temblar, á voltear los ojos y á darse sendos cachetes, lo que hizo que el palco fuese rodeado por la familia y conocidos para averiguar la causa de tamaño mal. Las niñas empezaron á balbutir palabras incoherentes, y de vez en cuando se percibian las palabras *espíritu, calavera, éstasis, muerte eterna*. Los que estaban cercanos pedian agua, los que estaban léjos preguntaban lo que ocurría; y de repente una señora anciana, gorda como un guardián, dió un agudo chillido que sofocó las voces de tiple de todos los enmascarados, y con su regordeta mano señaló un rincon del palco.

Lanzáronse algunos á él, y vieron con el mayor asombro una monda calavera que sin hacer caso de los bailarines y comparsas, de las bellas y de los curiosos, estaba allí sin decir *esta boca es mia*. Una de las *posesas*, ahuecando la voz mucho mas de lo que lo habria hecho el taturuo cráneo, exclamó: “he aquí las lecciones que me dirige el espíritu al traerme ese despojo mortal del que ya fué: El hombre mas poderoso del mundo, el mas sabio, el único que con derecho pudo exigir la veneracion de mundo, no conserva hoy mas que ese resto miserable; y te lo he traído desde las remotas regiones del Asia, para que en esta noche de locuras, precursora de un tiempo de lágrimas, veas donde vienen á parar la hermosura, el poder, la sabiduría. Acuérdate de que eres polvo...” Aquí volvió á sus parasismos y todos ibamos creyendo en los tales espíritus, cuando un endemoniado pollo de ojos pequeños y picarescos, se acercó á los asombrados espectadores y les dijo con misterio: “creia que estas locas se asustaran, y les traje esta calavera que esta tarde me robé de Santa Paula, y ahora salimos con que es de Salomon. ¡Quiéndiabllos habia de creer que ese buen rey habia de tener la humorada de venir á dejar en Méjico la cabeza? Todos reimos como tontos, y las lindas espiri-maniáticas se fueron muy enojadas del teatro, donde muy pronto se restableció la alegría y siguió la danza.

Luego que mi instructor pudo continuar sus lecciones me dijo: Ve usted aquellas niñas que en dulce conversacion olvidan el teatro y el baile? Pues son dos casadas que siguiendo los usos de la corte se han empeñado en tener un amante platónico, que tanto les recuerda los deliciosos años de su primavera, como les hace olvidar las asperezas del prosáico matrimonio. Viven casi juntas y la una sirve de atalaya mientras la otra está en sus interesantes diálogos con el amartelado galán; cuando cambia el papel pagando á su amiga con iguales

atenciones. El amante es íntimo amigo del marido, y cuando por esas relaciones pudiera muy bien entrar á la casa y allí conversar con la derretida señora, prefiere el escándalo, y la publicidad, y la crónica de tanto curioso como hay en todas partes. Así es que á las siete de la noche ya está él al pié del balcon y la niña haciendo que las criadas recen el rosario mientras ella va á dar las citas para la misa, el paseo, el teatro, ó la casa de una amiga. No crea usted malignamente que hay *mas allá*: no señor, porque entónces dejaría de ser amor platónico. Todo se reduce á decirse que se quieren, á hacerse señas en el paseo ó en el templo, á cambiarse algunas confianzas y recordar dias mejores. Pero es preciso para dar una idea elevadísima de cultura el traer al retortero á un pobre diablo de cortejo.

Al otro lado se hallan unas tres jóvenes de semblantes pálidos. Son unas doncellonas que despues de haber mal gastado su primavera en amores fugaces con los pollos, gloriándose de tener cada una siete ú ocho adoradores, estos luego que las conocieron vacias de sentimientos se fueron retirando al paso que los años venian y la vejez se acercaba. Mas cuando ellas conocieron que pasaba Abril y se acercaba la canfoula quisieron echar el guante á cualquiera de ellos, y resultó que ya habian huido. Se quedaron á la luna de Valencia las niñas y cada dia se hace mas difícil su colocacion por mas que la buscan, como los criados un destino en la agencia de negocios, y por mas que todos los viérnes van á Belemitas á rezar á San Francisco de Paula. Una de ellas, la trigueña, de bonitos ojos, hace novenas y va á los bailes y oye misa todos los dias y solo ha podido conseguir que un estudiante de provincia le dirija tiernas miradas, por mas que ella lo anima á que hable; pero cuando llegue el dia de que el provinciano diga alguna cosa, se encontrará el estudiante con que ya yo no hay sugeto.

Mire usted con cuidado aquellas señoras mayores que están á nuestro frente. Son un modelo perfecto de actividad y de movimiento. Jamas están en su casa, y con tanto gusto van á oír un sermón del P. Espinosa, como vienen al teatro y se cuelan en un baile. Trátase de solemnizar el dia de la patria: pues las primeras que ve vd. en un balcon de la calle de Plateros ó en la fuente principal de la Alameda, es á estas ancianas. Hay en casa del Sr. D. Fulano posadas, pues allá están cantando con su cascada voz al igual de las niñas. Se da un baile en otra casa, allí se instalan las abuelas á jugar tresillo con los señores que no bailan. Un bautismo es para ellas cosa de no perderse; un duelo jamas lo abandonan; una cantamisa es su mas sabroso convite; un casamiento es su mas grande felicidad.

Por acá abajo reclaman nuestra atencion unos interesantes personajes. Ve usted qué decencia en su porte y que gravedad en sus maneras. Cualquiera de ellos trae en el bolsillo unas cinco ó seis docenas de onzas de oro. Sus casas sufren mas modificaciones que nuestros gobiernos, y hay en ellas mas cambios que en el ministerio de hacienda. Son hombres que ejercen públicamente su honrada profesion, y tienen una servidumbre mas numerosa que la de un embajador. Uno de sus criados tiene la ocupacion de vivir en la puerta de su casa, y convidar á que entren á todos los que atraviesen la calle. Ya vd. ve que es mucha cortesanía. Otro sirve para andar por los mesones y posadas en busca de buenas gentes de las que traen dinero para negociar, y complaciente como el mas, le lleva á su amo para divertirle á su posada. Otro, que está inmediato á su persona, le sirve de pagador, y otro en fin que le es aun más inmediato, le sirve de vigia para darle *codazo* de cuando hay algo visto. Su profesion es lucrativa por demas; pero sucede á veces que hay otro de la misma piel que en un abrir y cerrar de ojos les hace soltar cuanto tienen.

Amantes de los viajes unas veces se trasladan á Tlalpam en los días de pascua, otros á S. Angel á visitar al Señor de Contreras, ó bien á S. Juan de los Lagos en cumplimiento de un voto que hicieron. Cuando no viajan se contentan con estarse en su casa priciosamente encerrados con unos cuantos amigos que convida su familiar, los cuales amigos le proporcionan diversion y dinero.

Aquí viene un hombre que me *carga* horriblemente. Pertenece á una familia numerosa que hay aquí en la corte, y que se domina *sanguiucla*. Sus medios de vivir consisten en tener algunas fincas ya propias, ya ajenas, que con el tiempo se convierten en propias. Su método es muy sencillo: toman en arrendamiento las casas de los conventos por una vagatela, v. g., por quinientos pesos al año, y desde luego las subarriendan en mil quinientos. El convento paga composturas y mejoras que el sub-inquilino reporta, y así consiñen comer á dos carrillos, ó como dicen vdes. los de las Batuecas, hacer lazo por las dos puntas. Con los ahorritos de esas rentas llega el día en que aprovechan la necesidad que tiene el convento y le compran la finca, que con unos cuantos peones y dos ó tres arrobas de cal, tiene ya un aumento de valor para el pobre arrendatario. Este de que hablo es mi *sanguiucla*. La casa en que vivo me gana cincuenta pesos, y él hace diez años que la tiene de su dueño por veinte.

Ese otro es dueño de otra casa: por tener luz, por tener aire, por tener lo indispensable, se contenta con sacarle un rédito de noventa por ciento, pero eso sí; cuando la arrienda entrega por cuenta, peso y medida, los ladrillos, las vigas, las pinturas y los palos: no es exigente, apénas se contenta con un fiador liso, llano y abonado, y con el adelanto de un año de renta, el cual no devuelve si á los tres meses ó ménos se proporciona mejor casa al inquilino, y deja la de este judío.

Por ahí van unos enamorados universales que, enemigos del monopolio, jamas quieren que su efecto se estanque, y á imitacion de cierto gobierno conceden amplias franquicias al amor. Prodigan su corazon como un jóven disipado el dinero, y dan mas espresiones amorosas que limosnas los sábados: quizá lo hacen por la mucha necesidad que reconocen en el sexo feminal, y creyendo que su ternura es pan bendito, la reparten á manos llenas.

Aquellos otros que se adelantan para este lado, son unos injustos invasores de las prerogativas del bello sexo. No solo han invadido el cosmético, los olores y los anillos: no solo gastan el colorete, y el *bullarengue*: no solamente han recojido los despojos de los desmayos y parasismos, sino que hasta la manía de disminuirse los años, que ántes era peculiar de las damas, es suya por derecho de conquista. Son muy maduros, ahí donde vd. los ve; pero si les pregunta su edad, la descuentan como libranza dudosa.

Esos otros que con el disfraz de mosqueteros de Luis XIV vienen camelando á unas chinas mejicanas, son unos discípulos de la buena escuela que para hacerse *remarcables* nunca cenan porque *les hace poca gracia*: no salen á visita sino hasta despues de hacer su *toilette*; van á las *soirées* porque allí tienen que ver á *madame*: regalan á su novia un bien compuesto *bouquet*; nunca se presentan á la *negligé*, y siempre están vestidos á la *dernier*; se presentan verdaderamente *fashionables* y con mucho *chic*. Vea vd. cuan bien *les va el comfortable* traje con que han arribado al teatro, y cómo se *juegan* de todos los que quieren hacerse *maestros* de las chinas, que *son contentas* de tal compañía, con la cual *hacen furor*.

Muy satisfechos, vienen esos dos personajes enlazados del brazo. Su conversacion es importantísima y acalorada. Son concienzudos periodistas que están convencidos

recíprocamente de que sus artículos, copiados las mas veces de otros, vivos ó difuntos, son los únicos que han comprendido las verdaderas cuestiones que se agitan y creen á puño cerrado que todo el mundo devora sus producciones. Mañana verá vd. en los diarios una pomposa descripción de esta fiesta desde el principio de ella hasta el fin, no obstante que acaban de llegar, y que muy pronto se irán á chapuzar en su cama; pero ellos no se ahogan en tan poca agua; lo que han visto les basta para suponer lo que les falta que ver, y cuando nada les ocurra buscan un amigo que les cuente, y á frangollar sin mas ni mas un larguísimo artículo. De este copian los otros, y aunque todos hacen lo mismo, algunos quisquillosos y camorristas reclaman luego hasta la propiedad de una tilde.

Así continuó aquel infatigable boletín de noticias dándome á conocer á casi todos los concurrentes del teatro: yo tambien seguia, pero me he desvelado tres noches y necesito dormir unas treinta y seis horas para resar. cirme. Por tanto, suspendo aquí para continuar en otra. Adios, monona.—*Caralampio.*

México, 12 de Marzo de 1859.

Mi pichona: Hasta hoy he podido saldar mi cuenta con el sueño, pues como llevaba tres dias de no pagarle el ordinario tributo, me perseguia como recaudador de contribuciones, sin dejarme comer ni beber. Habiendo quedado á mano, heme aquí ya espedito para seguir departiendo contigo y concluir de referirte las muchas maravillas que me hizo ver mi amigo en los bailes de máscaras.

Despues de los periodistas me enseñó á unos individuos que cuajados de galones y llevando al cinto una reluciente espada entraban con la frente erguida, el pecho saliente, el paso acompasado como si fueran en una procesion. Estos, me dijo mi mentor, son unos campechanos muchachos: tienen de soldados tres años el que

mas, y sin embargo, el que ménos figura de entre ellos, es capitán. Han subido tan pronto, continuó, porque en los cuatro ó cinco pronunciamientos que hay cada año toman parte por la revolución, sabiendo como saben que aquí todas triunfan. Entraron á la carrera por consejos de ciertos magnates que medran con esos continuos vaivenes, y como desde entónces no los abandonan, saben con anticipación cuándo ha de haber cambio, y con tiempo empiezan á tomar cartas en el juego y á hacer méritos para que los encierren. Desde su prision siguen observando las creces del movimiento: si sale bien, ellos están libres al día siguiente del triunfo, y con un ascenso en el ejército: si sale mal, ántes del desenlace hacen confesion general, acusan al primero que les vino en mientes, y á esa costa consiguen su esclaustración y no pocas veces el ascenso por su espontaneidad en la confesion.

Nunca han salido de la garita; y cuando dentro de la corte ha habido alguna fiesta con los enemigos del gobierno á quien sirven, se declaran enfermos, y no se les ve la cara, sino el día en que por bando muy solemne se publica que el enemigo quedó vencido. Pero en cambio, cuando marchan detras de las procesiones, ó hay toros con acompañamiento de tropa, son los primeros en acudir con el vestido muy aseado, la espada muy limpia y los guantes muy blancos. Arman camorra con el hijo del sol dorado, porque los vieron de lado, ó porque los vieron de frente, ó porque no los vieron; y cuando se encuentran con uno que les marque el *alto*, entónces acuden á su cuerpo ó regimiento, y con una patrulla se hacen respetar.

Quítese vd. del paso, porque aquí vienen unos discípulos de Justiniano y de Gregorio López, que como vienen enfrascados en el Digesto y las Pandectas, muy fácil es que se lo lleven entre los piés. Estos jovencitos á su precoz talento, reunen una facilidad y espedición

para los negocios que asombra. Apénas acaban de salir del estudio de su maestro, y ya se encuentran encargados de tres ó cuatro juicios ejecutivos, dos hijuelas de division y particion y cuatro ó cinco negocios de divorcio. Las partes quedan estupefactas de oírles citar de corrido á Gonzalez *in decretales*, á Puffendorf, á Mostazo, á Barbosa, á Covarrubias y á Beleña.

Quando una de las partes va á consultarles su negocio, oyen con mucha atencion, hacen diferentes preguntas para mejor *actuarse*, y despues de unos momentos de interior recogimiento esclaman con voz muy pausada: "El negocio de vd. es grave, difícil, laborioso; quizá costará algun dinero, pero no es desesperado;" y aguardan que se les conteste si se puede ó no gastar. Si lo primero, el jurisperito se levanta con solemnidad y estendiendo su brazo lentamente y en direccion de uno de los libreros que decoran el estudio, dice: "Todos estos autores que usted ve aquí reunidos, favorecen este negocio que testualmente lo tratan: es tan claro el derecho de usted como la luz meridiana; y aunque la parte contraria interpusiera artículos sobre artículos, incluso el de no contestar, le harémos confesar paladinamente la verdad, y le vencerémos, y obtendrémos ejecutoria contra ella.

La parte sale de allí dispuesta á vender hasta la camisa para pleitear, fiada en la palabra de su abogado; mas si despues de haber gastado el triple de lo que el negocio valia, se queda sin camisa y sin sentencia favorable, entónces su patrono estendiendo lentamente el otro brazo en direccion de diferente librero le dice á la parte: "Todos esos autores que ve usted ahí reunidos estaban en contra de la pretension de usted; y como son mas que los favorables, y como el contrario usó de *chicanas* y como los jueces no tienen mas libros que los que nos perjudican, han fallado en contra; pero no hay que desmayar: apelarémos, suplicarémos, y seguiremos el

juicio hasta el último trámite y hasta el último tribunal; pero eso necesita dinero y mas dinero." Si ya no hay de donde sacarlo entónces se les dice á la parte: Un abogado no solamente ha de ser instruido del negocio, sino espensado para proseguirlo. Así es que si falta lo segundo, de nada sirve le primero y el litis se perderá por culpa de la parte." Y se la despide bonitamente, y la parte reniega del negocio, del abogado y sus libros; pero sin maldito el provecho que de ello puede sacar.

Cuando el cliente es pobre y dice que no tiene para las espensas, se le despacha con la música á otra parte, y se le dice con mucha formalidad que su reclamacion es á todas luces injusta y que un buen abogado jamas debe defender malas causas, porque ántes que todo debe cuidar de su buen nombre, como defensor de la inocencia, de la justicia y de la verdad.

Deje usted que pase el Sr. Doctor en medicina, cirujía y obstetricia, aprobado por la facultad médica de Paris, de Lóndres, de Viena, de Berlin, de Parma, de Roma, de Nápoles, de Varsovia, de Pekin. Vea usted ese pecho condecorado con listones y escudos [que mas parece un santo milagroso que luce sus presentallas. Todas esas insignias las ha adquirido en las capitales de la culta Europa, ya recetando tantita grasa al emperador Francisco José para reblandecerle un callo, ó bien propinando una poca de agua de manzanilla al rey Sigismundo para quitarle un dolor de estómago que le atacó un dia que almorzó mas de lo regular. Desde luego que con su fama europea se presentó entre nosotros y puso coche, fué el médico de moda, y ya nada valla el voto de todo aquel que no habia hecho sus estudios en las universidades y escuelas de allende los mares. Y como los demas doctores del país no son tan abonanzados que puedan echar coche, requisito indispensable para ser buenos, se han quedado humilde y tristemente en la categoria de curanderos.

Es verdad que el doctor europeo muchas veces no cura la enfermedad, pero mata al paciente y da lo mismo; y ya usted ve que siempre es un gran consuelo ser matado á la francesa, á la inglesa, ó á la alemana y no así, tan incivilmente á la pata la llana. Diferencia: la curacion ó no curacion del sentenciado á muerte debia costar en manos de los curanderos mejicanos, cien pesos, y es el *maximun*: en manos de un doctor que ha recibido sus diplomas de manos reales, cuesta cinco mil pesos, y es el *minimum*. Resultado: el gran tono y el amor por lo extranjero se lucen hasta en enviar al sepulcro á los elegantes, y se ha dado un paso gigantesco en la via de la civilizacion.

Por lo mismo que estamos civilizados y por lo tanto que admiramos todo lo que viene de las orillas del Sena ó del Támesis, ó siquiera del Mississipi, vea usted, ahí vienen unas modistillas que sabe Dios lo que allá en su tierra serian; pero como nos han enseñado á ponernos camisas llenas de barbas ó *farfulás* como los papelotes; como á nuestras esposas las han adiestrado en usar unos enormes gorros que bien pudieran suplir á los *omnibus*; como han hecho que nuestras hijas traigan unos sombreros llenos de colgaduras como pabellon de cama; y copor fin han enseñado á las niñas á rebosarse en su capa con tanta gracia como un majo en la suya, ó un *leperito* en su frazada, cosas todas que ni imaginábamos, he aquí que las tales modistillas hacen dinero á dos manos y reciben consideraciones de la aristocracia. Lo que de ellas debia aprenderse, esto es, su laboriosidad, su actividad para el trabajo y su aseo en el hogar doméstico, es lo único que se les reprueba y se les tiene á mal.

Cansados de aquella revista, fuímonos apartando poco á poco del lugar que habiamos conquistado, para ir á tomar mis lecciones en otra cátedra. No creas que esta resolucion fué tomada sin meditacion, como un proyecto de hacienda, no señor. Razones muy poderosas

tuvo mi mentor para cambiar de asiento. Había visto á unos dos enmascarados que despues de haberse estado hablando en secreto, y dirigiendo miradas y señas á un palco, hubo un movimiento de inteligencia del uno al otro campo enemigo, y á muy poco ellos desaparecieron, y ellas, pasados unos cinco minutos, se deslizaron como anguillas y se perdieron entre un grupo de dominós que no dejaron de decirles al paso algunas palabritas de cierto género.

Mi mentor hizo que nos colocáramos en uno de los pasillos que daban al gabinete de señoras y á muy poco vimos salir á las del palco asidas de los enmascarados susodichos, y cubiertas con dominós de seda. Apenas pudimos percibir una ú otra palabra; pero era evidente que no se trataba de ir á tomar ceniza el miécoles próximo. No volvimos á ver á las fugitivas parejas, sino hasta cuando el baile estaba en el estado de nuestra república, es decir, agonizante. Entónces las niñas entraron á su palco y despertaron á la mamá, que miéntras la escapatoria había dormido un buen sueño, y que acaso sintió que las prófugas hubieran vuelto tan pronto.

En nuestro nuevo observatorio vimos que había cambios de trajes y de caretas, aun mas que de ministerios en nuestro país; y que la estrategia en las marchas y combates era superior á la de los generales cuando marchan sobre el enemigo, ó que la de la policía cuando trata de echar leva en las tabernas y garitos. Allí había mas *quid pro quo* que en las boticas y almacenes de drogas; mas chascos que los que da un ministro á los pretendientes; mas yerros que en una edicion de García Torres; mas torpezas, en suma, que en un pronunciamiento mexicano.

Llegó la hora de la salida del baile; los que habían ido de máscara salieron sin disfraces á las siete de la mañana: unos derechos y erguidos; otros mas torcidos que pensamientos de político. Unos tenían allí coche

otros el carruaje de nuestro P. S. Francisco. Los que habían ido sin disfraz salían con una cara mas larga que la esperanza de cesante ó jubilado, con mas círculos al rededor de los ojos que un plano de arquitecto y con mas languidez que un empleado del gobierno, siempre que no sea en contribuciones.

Muy pocas de las personas que ví la primer noche concurren la segunda: yo lo atribuí á que estarían fatigadas y satisfechas de diversion: pero luego supe que la causa verdadera y el motivo único era que no habían tenido otro traje diferente para concurrir al espectáculo; porque hágote saber que ántes prefieren las gentes que darse en su casa encerradas, que llevar dos veces un mismo vestido á una diversion, principalmente si es de teatro.

Muchísimo celebré la oportunidad de haber encontrado reunidos á tantos y tan diversos personajes en un solo punto, sin tener que andar buscándolos como acreedor á su deudor ó como solterona á un nóvio. Así es que aunque muy estropeado y rendido de fatiga, dí cordiales gracias á los amigos que tanto se empeñaron en sacarme de mi casa y de mis casillas, por cuanto me proporcionaron tener que contarte para tu ilustracion y cultura. Lo único que tuve que lamentar en la expedicion fué que habiendo hecho llevar mi capa nuevecita y cortesana, para que en caso de tener frio me pudiera poner á cubierto de la intemperie, cuando salí y la pedí al depositario me devolvió otra en el último tercio de su vida y con mas grasa que vestido de coplero. La volví por todos lados, hice reclamaciones, pero todo en vano, pues el guardador me declaró que era la mía. Tuve que resignarme, considerando que tales pudieron ser las pesadumbres de aquella noche, que bien pudieron reducirla á tal aniquilamiento: pagué la propina y cargué con la maula. Otros hubo que sufrieron el mismo percance;

pero se trataba de un baile de máscaras y no es extraño que las capas y sombreros quisieran *con licencia del caporal, tener un rato de carnaval.*

Adios, mi Bibiana. Si la fortuna me sopla allá te enviaré muy pronto mis letras.—*Caralampio.*

Méjico, Marzo 15 de 1859.

Mi pobre batueca: Hoy me encuentro de un humor *indefinible*, y no sé ni por dónde he de comenzar esta carta, que aunque no quisiera hacer larga, tal vez sea necesario por lo mucho que el asunto va á dar de sí, elástico por naturaleza, como conciencia de usurero.

Ayer tuve precision de ir á felicitar en compañía de mis amigos de baile á una niña que llevada de la poesía de su nombre (se llama Matilde) se ha rodeado de una gran porcion de jóvenes *cisnes*, los cuales de día y de noche la deleltan con sus graznidos. Llámole graznidos á sus cánticos, porque es la única modulacion que yo conozco á los animalitos cuyo nombre han adoptado los poetas. Si no les sabe á bueno, la culpa es de ellos, que se hacen llamar así. Invitáronme, lo mismo que á mis

amigos á que tomáramos la sopa, y deseoso de aprender algo en aquella reunion de pajarotes de todos colores, á las pocas instancias acepté y me volví todo ojos, todo orejas para ver y oír cuanto saliera de aquellos primorosos picos.

Hábfalos de todos colores: unos mas blancos que el algodón, otros colorados como barrio de Méjico, otros parditos y cenizos como camisa de cesante. Pero todos ellos fueran del color que fueran tenían un mismo deseo, una misma idea: hacer versos deleitables, hermosos, sentimentales: todos se dirigian á un objeto, á hacer creer á Matilde que era tan hermosa, tan discreta y tan divina, que nada mas habia que buscar en este pícaro mundo, porque toda perfeccion y todo talento, eran un grano de arena al lado de aquella sublime perfectibilidad. Matilde la primera, creia que era cierto cuanto sus incensadores le decian, y no podia ser de otra manera, porque lo decian tan convencidos, eran tan sinceros los versos en que cantaban las gracias de aquella deidad, que ni por muy contumaz que fuera dejaría de creer.

Antes de ir á la mesa, llegó un jóvencito de fino bigote, faz amarilla, ojos llorosos, abotonada la casaca como un soldado en formacion. Traia debajo del brazo un enorme libro como si fuera de registro, si bien tenia unos dorados preciosos. No saludó á nadie; pero poniendo su mano derecha sobre el corazon, inclinándose como una jara movida por el viento, presentó con la otra mano á la diosa de aquel templo el libro susodicho diciéndole con la voz mas flautada del mundo. — Hermosa Matilde: Si un corazon lacerado y manando sangre puede por un momento olvidar sus desengaños y sus dolores, suspender sus lamentos y sus penas, es sin duda cuando se dirige á otro corazon puro, *entusiástico*, y lleno de encanto y de poesia. Mi corazon en este momento no sufre, porque se dirige con su humilde presente al

corazon mas poético y digno que alumbra el sol en su carrera. Admita usted mi ofrenda y olvide por un momento los pesares de un infeliz.”

Lástima me dió aquel pobrecito: un jóven de diez y seis años á lo mas, que ha sufrido mucho, que está ni mas ni ménos con una herida en el corazon, manando sangre, me pareció una contra caridad que todos se quedaran muy frescos y no hubieran corrido por el médico y el confesor, cuando por allá en mi tierra esas heridas son para dejar á uno tieso sin mas ni mas. Iba á preguntarle quién le habia dado tal puñalada y porqué, cuando oí á Matilde decirle con la mayor frescura del mundo que le agradecia el *album* en el cual esperaba encontrar las preciosas producciones de sus amigos. Como ví que nadie se paraba á contemplar aquella desgracia, por no hacerme notable entré en la misma indiferencia, aunque no las tenia todas conmigo, que temia que de un momento á otro aquel pobrecito se fuera á morir y luego la justicia nos complicara á todos.

Abrió Matilde el *librote* y encontró como es de ordenanza en semejantes presentes la dedicatoria de él, y en ella una declaracion amorosa tambien de ordenanza. Porque ni hay fea vieja, ó bonita presumida, ó cosa así que quiera hacerse de *trovadores* que no tenga un *album*, ni hay mueble de estos que no contenga en cada verso una adulacion y una declaracion erótica. Así que las damas cuando no tienen lo que han menester y se lo quieren buscar, se procuran como necesidad previa un *in folio* ricamente encuadernado con papel inglés en el centro, y sin mas vacilaciones empiezan á echar recluta ó leva de octas para que el uno la llame la del cuello de marfil, aunque sea de ébano: otra diga que sus ojos brillan como luceros, aun cuando nada vea porque el cielo está nublado; otro proclame su boca un rojo clavel, si bien de este no tiene mas que la multiplicidad de

los pétalos; y otro hable del argentino metal de voz cuando es de un desapacible bronce.

Ahora el modo de adquirir esas alabanzas, casi todas inmerecidas, es de lo más fulminante que puede conocerse; porque desde que la niña poseedora del *album* quiere hacer cantar sus bellezas, pregunta cuántos poemas hay; y sin preámbulos allá va el libro para que ponga en él un pensamiento, una flor, una cualquiera cosa. Y el infeliz cisne tiene que graznar en verso, y como no le dan tiempo, y como sabe que las mugeres se pagan de los elogios, pone allí cuanto le ocurre y la compara al céfiro, á la calandria, al cenizotle, á cuanto hay en el mundo, aunque maldita la semejanza que haya entre uno y otro.

Decía yo que el *album* de Matilde tenía su dedicatoria, y todos los cisnes que estaban presentes pidieron á gritos su lectura, el autor decía que no valía la pena, aunque bien dejaba conocer el deseo de que se leyera en público, lo cual al fin sucedió. Matilde misma tuvo la modestia de decir sus alabanzas, y el poeta herido recibía con humildad los parabienes de sus co-cantantes. Imisible es que pueda relatarte toda la dedicatoria; pero voy á ver si recuerdo algo de ella. Las primeras estrofas eran así, según parece:

A tí la jóven del cabello de oro,
De frente de alabastro, cuello erguido:
A tí que solamente has comprendido
El fuego intenso de este corazón.
A tí presento esta sencilla ofrenda
Que encierra mis tormentos palpitantes.
Que contiene las notas espirantes
De una alma consumida de pasión.

.....
He corrido, señora, por el mundo
En pos de mil mentidas ilusiones

Y solo he hallado yertos corazones
Que burlaban mi fé, mi puro amor.
Mas tu comprendes el vacío profundo
De una alma derretida, calcinada,
Que sin tu amor se volverá á la nada,
Que subirá al empíreo con tu amor.

Una tierna mirada de Matilde hizo conocer al cantor que no temiera ya que su alma tuviera la suerte que la de los perros; sino que por el contrario de la esperar irse con *album* y todo hasta el cuadragésimo cielo. Furiosas palmadas y bravos, aunque casi nada era de corazón, aturdieron largo tiempo las salas; y allí mismo se decretó que todos los presentes *sin escepcion*,—¿lo entiendes bien?—sin escepcion debían poner en el libro consabido un verso. Unos pidieron plazo como los comerciantes quebrados; pero otros más audaces se pusieron á escribir sendos elogios y multiplicadas alabanzas á la bella Matilde. Uno de estos últimos escribió sin vacilar lo siguiente:

Quien al mirar tu vencedora imágen
Difana como el agua de la fuente,
No sentirá de amor la flecha ardiente,
No te proclamará divina *hourí*?
Y quién podrá de tu virgínea boca
De esos labios, envidia de las flores,
Escuchar tus castísimos amores
Sin quedar muerto en el instante aquí?

Y luego seguía diciendo que sería una alma de camueso el que se hiciera de chiquitas si aquella *sílfide*, *sirena*, *paloma*, *anguila* y cuanto quieras, decía *sí*, y algún batueco respondía *no*. Otros hicieron allí la reseña de sus tormentos que era una compasión el escucharlos; pero todos acaban prometiendo que olvidarían cuanto les

había sucedido, si por casualidad Matilde volvía hácia ellos sus benignos ojos, y desde el profundo abismo en que yacian, ella los levantaba hasta el paraíso de de lo que tú quieras. No tenían pepita en la lengua, y como, según ellos, la poesía concede licencias mas absolutas que las de la plana mayor, cátales diciendo sin *tiquis miquis* todo cuanto les ocurría, aun cuando la niña fuera una sola y ellos un puño.

Cuando á mi me obligaron á poner mi contingente en aquella contribucion directa y ordinaria, rogué y supliqué por todos los santos del cielo que me eximieran, por cuanto no era poeta, ni era soltero, ni estaba herido, ni sabia yo decir mas que patochadas, y eso con cierto aquel, que á lo blanco le decia blanco y á lo prieto prieto. No hubo remedio: todos, y Matilde la primera, me obligaron á que enriqueciera aquella coleccion de ofrendas tan voluntarias todas como los plebiscitos: en que luego se apela al voto universal. Tomé la pluma: hice de tripas corazon, y escribí:

No solo con un puñal
Se mata á un pobre cristiano,
Otro modo hay inhumano
De echarle al cuello un dogal.
Con un *album* colosal
Se le acomete tal dia:
Se le insta y se le porfia
Para que llame preciosa
A una *plusquam-horrorosa*,
A una detestable harpia.
Una batalla sangrienta,
Una peste asoladora,
Aun el hambre no devora
Tanta victima sin cuenta
Como lo hace esa tormenta,
Esa horrible tiranía,

Esa invencion quasi impía,
De las *hermosas adrede*,
Que elogios pide el que puede
La maldita *album-mania*.

Silvidos, mofas, y cuanta burla les sugirió el buen humor, vino á dar sobre mi pobre humanidad; y por voto unánime de todos, se mandó quitar la hoja y entregarla al brazo seglar de la cocinera, para que sin tela ni figura de jui.sio fuera á dar al brasero y ayudara á calentar los manjares que luego debiamos engullir. Convengo en que eran malos mis versos, porqueya he dicho que no soy poeta, pero señor, si yo eso era lo que pensaba y se me había pedido un pensamiento, ¿por qué tanta ira contra el mio que no era de aquellos contra los cuales nos manda el catecismo hacer la señal de la cruz? Injusticias, hijal solo injusticias se ven en este pícaro mundo, como si no bastaran las de los tribunales y juzgados menores, y fuera preciso añadir las de esos tribunales especiales que por lo comun se ponen fuera de la ley y á los cuales nunca alcanza la maldicion. Ello es que mis pobres *sonetos*, como los llamó allí uno de los mas desengañados poetas, no alcanzaron perdon, y murieron de mala muerte.

Durante la mesa todos dijeron versos lindísimos; pero lo que es yo, muy bien me guardé de volver á decir algo. Comía, callaba y oía. Allí volvieron las exageraciones y los lamentos de tanta victima, las cuales sea dicho de paso, lloraban y comían, y debían mucho mas, quizá por aquello de que los duelos con pan son ménos. No hubo un solo *vate* que no hubiera llamado entre queja y sorbo divina, celestial, peregrina á la señorita Matilde; y si te he de decir la verdad, era un poco oscurita, así tirando á color de pizarra; con unos ojitos chiquitines, aunque algo papnjados; su boca no era pequeña, pero en cambio sus labios eran gruesos y revestidos

de unos bigotes no malos, es decir, que era de buenos bigotes: no era alta, pero eso lo suplía con una rechonchez muy ouca. Su cabello que había dicho el del *album* que era de oro, me pareció también á mí que si era de ese metal debió haber estado enterrado mucho tiempo; y si no lo era, debía ser de fierro ó acero, á lo ménos por lo tieso, y por el color.

Luego que acabamos de comer, mis amigos y yo salimos de aquella casa de enfermos y delirantes y nos echamos por estas calles de Dios, no sin recibir mil zumbades mis acompañantes por la desgraciada muerte de mis versos. Al paso nos encontramos con uno que gesticulaba, y se detenía á cada paso, y levantaba los ojos al cielo como buscando las siete cabrillas á medio día. Este es poeta, me dijeron; y es por cierto de los mejores y mas sentidos. Hace poco publicó un tomo de elegias á la perdida de un diente ocasionado por un *trompis* que le dió un yankee. Escribe con una facilidad admirable, y así es que nadie ignora que hace versos á la berruga de su novia, á la calva de la misma, al juanete de la propia, á la joroba de la idem, y en tal número que cada uno de los objetos cantados le lleva cuatrocientas octavas reales. Por tan relevantes méritos se le ha nombrado socio de la academia de bellas letras (no obstante que las suyas son horribles) de Paris y de Madrid. Oiga usted uno de los versos que compuso á las uñas de su Filis:

Estático, asombrado, boquiabierto,
Entusiasmado, atento, sin respiro
Sin poder creer lo que extasiado admiro
Me han dejado tus uñas medio muerto.
Sueño, no obstante hallarme bien despierto,
Con los ojos cerrados siempre miro,
Esas marmóreas uñas, cuyo giro
Una herida en el alma me han abierto.

Que mucho, si el amor al ver tan bellas
Tan primorosas uñas, no hace un rato
Que las contempla absorto y sin aliento?
Y tanto, en fin, se ha enamorado de ellas
Que sin dudarse convirtiera en gato
Si tus uñas gozara en el momento.

¡No es verdad, D. Caralampio, que esto es sublime y que el autor es un consumado poeta? Lloré de entusiasmo, Bibiana, y pedí que me repitieran la *uñal* composición hasta saberla de corrido.

Ni v. ya vd. á creer buenamente, continuó, que nuestros poetasescasean como los buenos gobernantes ó que es necesario buscarles con linterna como Diógenes buscaba un presidente de ayuntamiento que llenara sus deberes; no señor; los tenemos en tal número y tan buenos que desde el momento en que vea vd. en la calle á un hombre desaliñado, de barba mas larga que la hambre de una viuda, el cabello enmarallado y melenudo como nuestros asuntos diplomáticos; antecijos blancos ó de color, bien puede usted saludarle como á uno de los hijos de Apolo, dedicado á la fabricacion de elegias. Y á muy poco que se le pregunta por su vida y su salud, responderá con el acento mas lúgubre que:

Caminando por áspero desierto
Lleva la vida de infeliz proscrito,
Y en su frente fatídica va escrito
El sello de tremenda maldición.

Y aunque muchas veces sucede que está en la escuela aprendiendo á leer y á escribir, y sus padres le sacan los domingos al paseo si aprendió bien sus lecciones: